

CONVERSACIONES, 13

MARILYN MONROE

© De la traducción: José Jesús Fornicles Alférez

© Confluencias, 2016
www.editorialconfluencias.com

Corrección de pruebas: María del Mar Domínguez Álvarez
Maquetación y diseño: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Impreso en KADMOS, Salamanca, España

ISBN: 978-84-944761-5-0
Depósito Legal: AL 41-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y prestamos públicos.

CONVERSACIONES

con

Marilyn
Monroe

y George Barris

Cuando crezcas serás rica,
hermosa y famosa

Traducción de

José Jesús Fornieles Alférez



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

Introducción	13
Agradecimientos	23
I «Mentiras, mentiras, mentiras»	25
II Cómo hubiera deseado tener un padre	29
III Metió las manos dentro de mi falda	37
IV Imaginaba ser Alicia en el país de las maravillas	41
V Pensaba que yo era demasiado fría	47
VI Eres demasiado sexy	53
VII Ahora soy Marilyn Monroe	59

VIII	Primera película: ¡ <i>Tormentas de odio!</i>	65
IX	Las chicas bonitas no posan desnudas	71
X	Por fin he superado las escenas de sesenta segundos	81
XI	La carrera de Marilyn despega	89
XII	Al principio, todo era inocente y divertido	95
XIII	Tengo treinta y seis años. Sólo estoy comenzando	103
XIV	Ahora es la época más feliz de mi vida	111
	UNA APRECIACIÓN	117
	EPÍLOGO	133

Marilyn Monroe



*Para Marilyn —Norma Jeane—, que se convirtió
en leyenda en vida.*

*Por todo el gozo y la felicidad que trajo
a un mundo convulso.*

La amamos, la echamos de menos.

Gracias por tu amistad.



CONVERSACIONES

con

Marilyn
Monroe

y George Barris

Cuando crezcas serás rica,
hermosa y famosa

INTRODUCCIÓN

Siempre hay dos lados en una historia

Marilyn

Desde la primera vez que me encontré con ella, como fotógrafo independiente, en septiembre de 1954, siempre quise escribir un libro sobre Marilyn Monroe. En aquella ocasión ella estaba en Nueva York rodando exteriores para el film *The seven year itch* (*La tentación vive arriba*). En principio concebí el libro como una colección de fotografías que reflejaran su vida diaria, acompañadas con comentarios que ella misma hiciera mientras la entrevistaba. Desafortunadamente, el proyecto nunca llegó a buen puerto; pero creo que el que usted está leyendo ahora mismo puede insuflar una nueva vida a Marilyn.

Volvamos a 1954. Le había sugerido a uno de mis editores, el difunto Donald Feitel, del Grupo Metro, hacer un libro de fotografías sobre ella, porque desde que Marilyn alcanzó la fama, sus fans y el público no dejaban de leer cosas sobre su persona, especialmente sobre sus encantos o sus episodios más descontrolados. Feitel aceptó y le prometí tomar tantas fotografías como me fuera posible.

Cuando la vi por primera vez estaba apoyada hacia fuera de la ventana de un edificio moderno de piedra oscura de la calle 61, en el East Side de Manhattan, posando para la escena de una película. Realicé algunas fotos de su ahora famosa espalda y el sonido del objetivo la sorprendió. Se volvió rápidamente, me miró y me sonrió. Hice una docena más de fotografías, ambos reímos y el hielo se rompió por completo. Es innegable que tenía un gran sentido del humor. Seguí a Marilyn durante los días siguientes, entrevistándola y haciéndole fotos. Era agradable trabajar con ella.

Lo que más me gustaba era que no se comportaba como una estrella de cine. Tenía los pies en el suelo. Aunque tenía 28 años, se movía y tenía el aspecto de una adolescente. Era bella y sexy, y había una casi inocencia de niño en su comportamiento. Me impresionaban su amabilidad y camaradería en el plató. No era falsa ni *snob*.

Sorprendentemente, en los pocos días que estuvimos juntos nos hicimos amigos. Descubrimos que

habíamos nacido bajo el mismo signo: Géminis. El cumpleaños de Marilyn era el 1 de junio y el mío el 14. Nos gustaban las mismas cosas y era de conversación fácil. Le dije que me gustaría trabajar en un libro sobre ella. Lo pensó durante un rato; luego, abrió los ojos, sonrió y dijo: «¿Por qué no? Un día lo haremos»; pero no nos pusimos a trabajar en serio hasta 1962. Ella había estado ocupada haciendo una película tras otra y se había convertido en una estrella internacional, lo que yo sabía que deseaba. Yo había estado ocupado recorriendo el mundo y fotografiando mis reportajes. Y, aunque no nos habíamos visto, nos manteníamos en contacto por teléfono.

En mayo de 1962 fui designado por la revista *Cosmopolitan* para cubrir un reportaje de Elizabeth Taylor, que estaba filmando *Cleopatra* en Roma. Elizabeth era la primera actriz en recibir un millón de dólares, más gastos, por aparecer en una película. La filmación había comenzado en Inglaterra, donde Liz enfermó y por poco muere. La 20th Century Fox, los mismos estudios que tenían contratada a Marilyn, había trasladado la producción a Roma, donde el clima menos frío convenía a Elizabeth. Allí podría recuperarse de una operación reciente y proseguir con la película; pero no era sólo porque la actriz estuviera enferma, sino porque los estudios tenían problemas. Los tremendos gastos de la película los estaban llevando camino de la bancarrota. El guión no estaba terminado y los guionistas escribían los diálogos el mismo día de rodaje. Richard Burton

mantenía una relación con Taylor, mientras ésta seguía casada con el cantante Eddie Fisher. Fisher no tenía ni idea de cómo pararlo.

Comí con el editor de *Cosmopolitan*, Bob Atherton. Como fotógrafo independiente, mi vida dependía de las ofertas que pudiera recibir, y mi amiga Marilyn Monroe estaba produciendo noticias sin parar. Estaba comenzando su película número treinta, que iba a ser la última bajo su viejo contrato para la 20th Century Fox. Era el momento de hacer un reportaje sobre ella. El título que presenté al editor de *Cosmopolitan* era: «¿Cuál será el futuro de Marilyn Monroe ahora que va a cumplir 36 años?». El título de la película en la que trabajaba aquellos días, *Something's got to give*, podía servir de título al libro. ¿Podía, a su edad, seguir siendo un símbolo de sexualidad y belleza juvenil?

A Atherton le encantó la idea. Acordamos hacer la portada y entre ocho y diez páginas interiores. La idea nos emocionó tanto que no terminamos el almuerzo. Me preguntó cuándo podría marcharme a Hollywood, donde estaba rodando la película en los estudios de la Fox. Le dije que podía irme inmediatamente.

Cuando llegué a Hollywood, me metí en los apartamentos de Sunset Tower. Después de una noche de sueño reparador, a la mañana siguiente una limusina de los estudios me llevó al plató 14 de la Fox, donde Marilyn estaba filmando. ¿Se alegraría de verme? ¿Me recordaría a simple la vista? A muchos grandes artistas

les presentan a tanta gente que no se acuerdan ni de a quien le presentaron la noche anterior. Y nosotros no nos habíamos visto en años.

Cuando entré en el plató 14, distinguí a Marilyn de inmediato y me dirigí hacia ella; volvía a estar de espaldas, así que le toqué en el hombro: «¿Te acuerdas de mí?». Se volvió, sonrió y con un gran abrazo me dijo: «¡Cuánto tiempo!, ¿qué hay de nuevo?». Le contesté: «Hoy es primero de junio, y he venido desde Nueva York a ver a mi vieja amiga». Rió mientras la abrazaba y le decía: «Feliz, feliz cumpleaños, y que sólo tengas felices cumpleaños». Le conté lo de la historia para *Cosmopolitan*; le gustó. «Puede ser, Marilyn, que haya llegado el momento de hacer el libro del que tanto hemos **hablado**.» Se rió. «Puede que sí..., ¿por qué no?».

George Cukor la llamó al plató. Marilyn me pidió que permaneciera a su lado; luego hablaríamos del libro y de otras cosas.

Marilyn parecía emocionada con la película. Su pareja era Dean Martin, con el que siempre quiso trabajar, y ella había conseguido buenos papeles para dos de sus amigos. Ambos eran comediantes: Phil Silvers, la estrella de la TV del viejo show *Sergeant Bilko*, y Wally Cox, quien había interpretado a Mr. Peepers durante años. También participaba en la película su amiga Cyd Charisse, la bailarina y esposa del actor y cantante Tony Martin.

A las cinco y media de esa tarde de viernes Marilyn había terminado su jornada. Entonces, alguien gritó: «Feliz cumpleaños, querida Marilyn» y varios del grupo avanzaron con una enorme tarta. Estaba cubierta de nata helada y una figurita sexy de Marilyn en bañador, con HAPPY BIRTHDAY MARILYN en grandes letras rematadas con lucecitas centelleantes. Y, por supuesto, su champán preferido, Dom Pérignon.

Ni los directivos de la Fox ni los empleados se habían olvidado su cumpleaños, y esto emocionó a la sensible actriz. Se volvió hacia mí y me pidió que la ayudara a cortar el enorme pastel. Los fotógrafos nos retrataron juntos mientras todos gritaban: «¡Feliz cumpleaños, querida Marilyn! ¡Te queremos! ¡Que todos tus deseos se conviertan en realidad!». Jamás la vi más feliz.

A las seis y media Marilyn había ofrecido un trozo de tarta y una copa de champán a todo el mundo. Se despidió y me dijo: «Te veo el lunes por la mañana en el plató, temprano, sobre las ocho».

El lunes siguiente llegué temprano al plató, pero allí no estaba Marilyn. De hecho, Marilyn no llegó en toda la semana. Comunicó que estaba enferma en casa con un virus, fiebre alta, dolor de garganta y dolor de estómago. Al escuchar la noticia, a los directivos de la Fox les entró el pánico, pues dependían de la película de Marilyn para evitar la cercana bancarrota. No querían creerse que estuviera enferma. Enviaron al doctor de

los estudios para que la examinara, y cuando este les confirmó que estaba enferma, se negaron a creer que esto le impidiera filmar.

El departamento de publicidad de los estudios (cumpliendo órdenes exclusivas de los ejecutivos) hizo circular la noticia de que la actitud de Marilyn iba a arruinar a la Fox, y que eso implicaría el despido de los trabajadores de la empresa. El viernes mandaron una nota a la prensa afirmando que iban a demandar a Marilyn por medio millón de dólares por daños y perjuicios. También que la reemplazarían por otra actriz, lo que supondría el final de la carrera de Marilyn.

Cuando Marilyn se enteró, quedó trastornada. No podía creer que los estudios le hicieran eso. Afirmó: «Vaya, cuando los directivos enferman pueden quedarse en sus casas; pero ¿Marilyn no tiene el derecho de ponerse enferma? ¿Cómo me pueden tratar así estos bastardos? ¡Después de los millones que les he hecho ganar!».

Finalmente, los ejecutivos de la Fox decidieron suspender a Marilyn y reservar *Something's got to give* hasta posteriores noticias.

Ese mismo fin de semana, Marilyn y yo comenzamos a trabajar en el libro y en el proyecto de *Cosmopolitan*. Esto nos mantuvo ocupados y creía que la mantendría alejada de sus problemas con los estudios. Me pidió que le comprara vestidos para las fotografías y también tuve que alquilar una casa, pues la suya estaba sin

amueblar. Estaba esperando unos muebles que hacía ya tiempo había comprado en México.

En mi expedición de compras para Marilyn me dirigí a sus dos tiendas favoritas: Jaks en Wilshire Boulevard de Beverly Hills y Saks Fifth Avenue. En Jaks, le compré algunos pantalones bonitos y camisas estampadas deportivas de Emilio Pucci. En Saks, un abultado jersey de lana, una chaqueta tres cuartos de playa, una manta, una gran toalla y un sexy bikini. No le compré ropa interior. No usa.

Mi amigo Tim Leimert quería que utilizáramos su casa de North Hollywood Hills, por lo que le presenté a Marilyn. La casa de Tim tenía un gran jardín, un patio y un hermoso conjunto de muebles, pinturas y esculturas. No tenía piscina, pero sí la de Marilyn, por lo que los fondos de las fotografías estaban asegurados. Tim prometió no aparecer por allí mientras trabajáramos.

Cuando entramos en la casa de Tim, le presenté a su empleada del hogar, Louise. Se puso tan nerviosa cuando Marilyn le dio la mano que balbuceó: «¿Es usted realmente? Nadie me va a creer cuando cuente que he estrechado la mano de Marilyn Monroe. Yo misma no me lo creo. ¿Es usted de verdad?». Marilyn, riendo, replicó: «A veces, ni yo misma lo creo».

Tim mantuvo su palabra y poco después, acompañado de la aún temblorosa Louise, abandonó la casa.

Y así, durante las semanas que van del 9 de junio al 18 de julio, estuve trabajando con Marilyn Monroe. Tomé fotografías de interior y de exterior, así como otras en la playa de Santa Mónica. Y entrevisté a Marilyn para el artículo de *Cosmo* y para nuestro libro. Fue una maravilla trabajar con ella, nunca estuvo más hermosa ni más locuaz. Nuestro proyecto de libro era más importante que todas las mentiras que la Fox había vertido sobre ella. Los medios de comunicación no habían tenido la cortesía de contar la otra mitad de la historia.

Volví a Nueva York el 20 de julio para seguir trabajando en nuestros proyectos y pasé el fin de semana en el campo con la familia. El domingo acompañé a mi cuñado a un centro comercial y lo esperé en el coche. Volvió corriendo y gritando que había oído en la radio que Marilyn Monroe había muerto. Tenía 36 años.

Después de su muerte la prensa me acosó constantemente por mis entrevistas a Marilyn, sobre todo al saberse que yo la había visto y hablado con ella poco antes del suceso. Para escapar de la presión volé a París, donde he estado viviendo veinte años. Allí me casé con la actriz francesa Sylvie Constantine, y hemos tenido dos hijas encantadoras, Caroline y Stephanie. En 1982 me trasladé con mi familia a los Estados Unidos y nos establecimos en el área de Los Ángeles. Mi familia estaba ansiosa por conocer dónde estaba enterrada Marilyn, así que las llevé ante su cripta. Rezamos por ella; se había convertido en parte de nuestras vidas.

Introducción

¿Por qué he tardado tantos años en publicar este libro?, pues porque me afectó mucho su muerte. Quise mantener estas fotografías y palabras como algo privado; pero ahora que me he hecho más viejo y más sabio, pienso que Marilyn pertenece al público y a sus fans.

Durante sus últimos días, Marilyn estuvo muy animada. Estaba llena de vida y esperaba comenzar una nueva fase en su carrera. Aunque ninguno de sus maridos y amigos la había hecho feliz, ella seguía buscando. Jamás he creído que acabara con su vida. Mi convicción es que fue asesinada. Pero no importa cómo murió. La perdimos demasiado pronto. Ojalá este libro refleje algo de todo lo que ella nos dio.

GEORGE BARRIS

AGRADECIMIENTOS

Deseo dar las gracias a mi mujer Sylvie y a mis hijas, Caroline y, sobre todo, Stephanie, por su incansable y total devoción a este libro. Ella me ha enseñado a usar su ordenador Mackintosh, y nunca volveré a mi máquina de escribir.

Gracias a mi editor, Hillel Black, a mi publicista, Steven Schragis, y a mi leal agente, George J. Wisner, por su apoyo. Agradezco el trabajo de Louise Fili y de Jim Davis, del Hallas Photo Laboratory, especialmente a Donna, Stewart y Birgit por su tiempo y esfuerzo, y al Carol Publishing Group y a sus miembros Diane Chin, Anne Ricigliano y Margaret Wolf. Por último, gracias a Eastman Kodak, Nikon y Rolleiflex.